

La **Q**uincena **MTY**

política • sociedad • cultura

161
MAY/17

El Maico y su Norteño Feeling Gerson Gómez

**Desilusión inmediata
con el Bronco**
Raúl Caballero García

**Los declamadores
del poeta suicida**
Eloy Garza González

Juego de autonomías
Abraham Nuncio

Uso y abuso del alcohol
Lupita Rodríguez Martínez

**Demandas feministas
en la UANL**
Lídice Ramos Ruiz

El olor del balón
Víctor Alejandro Espinoza

www.laquincena.mx

\$30.00



Martín Ábrego Parra • Salvador (Chava) González • Rosa Esther Beltrán Enríquez • Ernesto Hernández Norzagaray
Víctor Orozco • Samuel Schmidt • Víctor Reynoso • Pablo Vargas González • Ileana Cepeda • Luis Valdez
Alejandro Heredia • Zacarías Jiménez • Eligio Coronado • Armando Hugo Ortiz

Q

Director:

Luis Lauro Garza

Asesor de la dirección:

Gilberto Trejo

Relaciones públicas:

Yolanda (Flaka) Aguirre

Asesor legal:

Luis Frías Teneyuque

Arte y diseño:

Martín Abrego Parra

Fotografía

Rogelio (Foko) Ojeda

Servicio de internet:

Asael Sepúlveda

Distribución:

Luis Carlos Ramírez

La Quincena / revista mensual / mayo 2017

Editor responsable: Luis Lauro Garza

Número de Certificado de Reserva otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor:

04-2003-0828156343200-102

Número de certificado de Licitud de Título: 12926

Número de Certificado de Licitud de contenido: 10499

Incorporada al Padrón Nacional de Medios Impresos de la Secretaría de Gobernación.

La Quincena es una publicación editada por Editorial La Quincena S.A. de C.V., Serafín Peña 748 sur, Monterrey,

Nuevo León, C.P. 64000,

Tel. (81) 19352363.

Correo electrónico: laquincena@gmail.com

Página web: www.laquincena.mx

Impresión: Procesos Impresos, S.A. de C.V. Av. Alfonso Reyes 3013, Fracc. Bernardo Reyes, C.P. 64280, Monterrey, Nuevo León.

Distribuidor: Editorial La Quincena, S.A. de C.V.

3 Cartón de Chava

4 Índice

5 Los declamadores del poeta suicida

Eloy Garza González

6 Juego de autonomías

Abraham Nuncio

8 Uso y abuso del alcohol

Lupita Rodríguez Martínez

10 Demandas feministas en la UANL

Lídice Ramos Ruiz

12 Desilusión inmediata con el Bronco

Raúl Caballero García



15 Cartones de Chava

16 No es cuestión de suerte

Rosa Esther Beltrán Enríquez

18 La ingobernable en un país de cabrones

Ernesto Hernández Norzagaray

20 El Maico y su Norteño Feeling

Gerson Gómez

22 El olor del balón

Víctor Alejandro Espinoza

24 Ciencia y cultura para la gente

Víctor Orozco

26 Dilemas de la izquierda

Samuel Schmidt

28 La historia de Margarita Zavala

Víctor Reynoso



30 Yo también soy populista

Pablo Vargas González

32 Cuentos de madrugada III

Ileana Cepeda

33 Feria del libro en Artega y memes de la industria editorial

Luis Valdez

34 Mitos sobre la Edad Media

Alejandro Heredia

35 El heroísmo de la brevedad

Zacarías Jiménez

36 ENTRELIBROS

Eligio Coronado

38 Pelota caliente

Armando Hugo Ortiz



El olor del balón

Víctor Alejandro Espinoza

Tijuana. Los “Vikingos del Callejón Madero”, tuvimos la fortuna de crecer en una pequeña ciudad que carecía de calles pavimentadas y que por lo mismo, todas sus avenidas eran aptas para los deportes; eso combinado con la práctica ausencia de automóviles nos dio posibilidades para gozar de míticos encuentros de fútbol.

El fútbol o balompié, es quizás el deporte más popular y el que permite que

22 jugadores se enfrenten con el único afán de soñar en hacer la mejor jugada. Lo único que se requiere es un balón que se convierte en el verdadero protagonista de las batallas.

Rueda el balón y comienza un nuevo ciclo en la vida de un niño. No hay mayor adrenalina que anidar el balón en la red. Para nosotros, eso de red era una quimera. Nuestras porterías generalmente eran unas piedras encimadas o las mochilas o la ropa de la que los artilleros nos despojábamos previamente. Había porteros tramposos que en un descuido reducían los pasos entre las mojoneras para evitar recibir goles.

Con el tiempo pudimos construir

un campo de fútbol en una zona que llamábamos “La línea”, y que era una extensión entre la Avenida México y el pequeño cerco de púas que dividía a nuestros dos países. Esa zona era de buenas proporciones, tanto que levantamos porterías de madera donde tuvimos encuentros míticos como cuando los del Callejón Reforma nos retaron y zanjamos las diferencias en nuestro pequeño estadio de fútbol.

Con los años, algo sucedió en la demarcación fronteriza, pues los vecinos construyeron una barda metálica y la instalaron justo al terminar la Avenida México, con lo que nuestro campo deportivo quedó en territorio estadounidense.

Los balones eran de cuero; tenían un olor particular. Los hacían de varios gajos y por su material eran muy pesados y duros. Más cuando se mojaban; para que nos duraran los untábamos de aceite y hasta con manteca de cerdo. Eran tratamientos muy socorridos, pues los balones solo llegaban en las navidades, cuando todos pedíamos de regalo balones y zapatos de fútbol.

Esos balones llevaban una cámara que normalmente se ponchaba con los vidrios de las casas aledañas, cuando caían sobre el cerco de púas o con alguna uña de algún jugador al que le quedaban chicos sus zapatos.

Había ocasiones en que los balones entraban a terapia intensiva y teníamos que llevarlos de urgencia a los talleres de la Avenida Juárez, donde le ponían tacones o medias suelas a los zapatos o “recapiaban” los tenis *Converse*.

Cuando la cirugía era menor, siempre había quien se ofrecía a “parchar” el balón y luego coser el gajo. En algunas ocasiones el hilo era tan notorio que al “chutar” no había forma de darle dirección. No siempre quedaban bien, y entonces les aparecían chichones hasta que no había forma de seguir jugando con ellos.

Era común que nuestro patio se poblara de cascarones, esqueletos de balones que fueron protagonistas de aquellas batallas épicas. El dueño del balón gozaba de mucho prestigio entre “Los Vikingos”. No todo teníamos acceso a uno y hubo alguien que incluso intentara im-

poner sus reglas.

Recuerdo que alguna vez, en medio de un aguerrido encuentro que estaba a punto de definirse, el dueño del balón se enojó y se lo llevó, dejándonos perplejos y muy molestos. Desde luego, la ley del hielo se le aplicó escrupulosamente.

Los había de distintos tamaños, infantiles y profesionales. Muchos se perdieron cuando salían disparados hacia casas de vecinos quisquillosos. Lo mejor era que se fueran al *Kinder* vecino (el Estefanía Castañeda). Para burlar la vigilancia y las púas que colocaban en la parte alta del cerco, íbamos levantando poco a poco la malla hasta que cedía y así teníamos puntos por donde entrábamos y salíamos al patio del centro escolar.

El fútbol nos hermanó y nos permitió una fuerte identidad grupal. Fuimos Vikingos, pero también Alacranes y Pericos. Mucho dependía de que alguien llevara unas medias atractivas para cambiar el atuendo, pintando las camisetas con colorante fijo Putnam, patrocinado por la tienda “La Pinto”. Crecimos solidarios y felices en el Callejón Madero de Tecate.

